

EDITORIAL

Las sociedades, en su desenvolvimiento en el tiempo, registran los momentos decisivos en su formación, su auge o cambios significativos, empleando la palabra o diversos medios físicos para perennizarlos. Los gobernantes suelen apelar a los hechos militares o políticos de mayor impacto, trasladando las victorias o gestas en registros históricos que pretenden convertirse en versiones únicas. De allí la conocida frase que sintetiza una verdad incuestionable: “la historia la escriben los vencedores”, a lo que debería agregarse “y sus imágenes las crean los artistas y los arquitectos”.

Pero las verdades o acontecimientos que parecían incommovibles pueden variar con el paso de los siglos, según quiénes los interpreten. Lo mismo ocurre con los monumentos, que muchas veces el tiempo degrada, sobre todo si las efemérides que evocan o celebran no poseen un gran valor estético, o no han calado de manera profunda en la conciencia social, o si las circunstancias del momento se han modificado tanto que aquello que parecía una verdad natural se ha ido convirtiendo en un acontecimiento de signo opuesto.

Esto último, en el caso de las dictaduras, es casi una regla, pues mientras estas detentan el poder y prohíben o persiguen a quienes cuestionan sus métodos y prácticas de gobierno, solo prestan oídos a los aplausos y alabanzas a sus discursos, a tal punto que terminan convenciéndose de que el silencio impuesto a la fuerza no es otra cosa que la natural aceptación de sus verdades, cerrando los ojos a que el apoyo incondicional por lo general es producto del temor o la conveniencia.

Cuando esto ocurre, las construcciones erigidas para perennizar las huellas y trascendencia del gobierno o del gobernante que, eneguecido por el poder, cree en su papel de predestinado, se destruyen y desaparecen de toda memoria, o son reemplazadas por obras de signo contrario. Este el caso, por poner un par de ejemplos, de las esculturas monumentales españolas levantadas durante el régimen de Franco y que ahora son cuestionadas u objeto de rechazo por buena parte de los españoles, y, sobre, todo, del destino del féretro del dictador español, que recientemente ha sido removido de su cripta en el Valle de los Caídos. También es notorio el caso de muchos símbolos fascistas creados durante el gobierno de Mussolini y que aún subsisten –los que no fueron destruidos a la caída del régimen–, y que muchos ciudadanos quieren ahora desaparecer. En nuestro medio, es destacable el Lugar de la Memoria, construcción que supuestamente es de reconciliación y recuerdo de hechos que no se pueden ignorar, y que es el centro de polémicas aún por decantar.

En otros casos, los monumentos o las construcciones conmemorativas, debido al nivel artístico que alcanzan, o gracias a su valor simbólico, independientemente de su asociación con determinado gobierno o circunstancia histórica, se convierten en representativos de una época. ¿Qué importancia tiene ahora qué emperador romano o qué hecho se conmemoró con los arcos romanos o las columnas de la victoria subsistentes? Para la apreciación de la obra construida, el origen, puede ser un elemento secundario o meramente referencial.

Porque ¿a quién le importa en la actualidad –para hablar de nuestro medio– quién fue el presidente que promovió la construcción de la plaza San Martín, allá por la década del veinte del siglo pasado? Considerando que desde su aparición, con fines conmemorativos, han ocurrido tantos hechos políticos en ella, sumados a la imagen que proyecta de ser representativa de una etapa decisiva en la modernización de la capital, la plaza ha adquirido una indiscutible autonomía y múltiples significados.

Hay que tener en cuenta que la valoración de una construcción de otra época no se mide o subsiste solo por su mero valor estético, sino por su ligazón con la memoria colectiva, cuya forja no depende de una data precisa y se va consolidando muchas veces en un proceso muy prolongado. No es raro que los principios estéticos bajo los que se concibió una edificación conmemorativa se hayan relativizado y, ahora, esta se la aprecie por lo que representa para la colectividad, gracias al halo de encanto o atracción creado por la narrativa histórica que lo envuelve. Así, un monumento religioso o un palacio, puede devenir en una muestra del poder político de una época y, con el tiempo, en un símbolo social, o, en algunos casos, en un mero atractivo turístico.

Este es un campo de reflexión e interés de críticos de arte, filósofos de la cultura y especialistas en historia de la arquitectura que han sustentado y propuesto medidas para conservar la memoria colectiva y reforzar la identidad social mediante el tratamiento adecuado de monumentos históricos que son símbolos de una época. Para alcanzar estos objetivos, se articulan la historia social, el valor representativo de una época, los símbolos que se van construyendo en un proceso difícil de identificar, temas en los que la arquitectura tiene un protagonismo que hemos tratado de hacer aflorar en esta nueva entrega de ARQUITEXTOS.

Ahora, cabe agregar a lo dicho párrafos arriba, que en la actualidad las huellas del pasado, los símbolos sociales, cada vez más frecuentemente surgen sin que haya un propósito definido, pues son producto de circunstancias que han aparecido debido a nuevos hechos sociales, a iniciativas de determinados grupos.

Estos son algunos de los casos que hemos recogido en ARQUITEXTOS 33, como el que considera a la arquitectura como producto de la autoconstrucción, lo cual representa para nuestra capital más de la mitad de las edificaciones que la conforman; o de las viviendas de origen muy simple, pero que en algún momento configuraron un estilo característico de los balnearios. Me refiero a la casa tipo "rancho", en Barranco. A ellos sumamos la "arquitectura de remesas", hecha por y para los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos. También es un caso muy significativo el auge y decadencia de la Ciudad Deportiva de Boca, un sueño compartido por millones de habitantes, "hinchas" del equipo de fútbol más popular de Argentina, que se quedó a medio hacer, ahora en una zona de una dinámica empresarial acorde con los nuevos tiempos: Puerto Madero.

Finalmente, cabe decir que en las circunstancias actuales, en que la velocidad de los sucesos parece haberse acelerado, los cambios son la norma de la existencia y todo lo trascendente es a veces hasta sospechoso. Porque la persistencia de los significados ha perdido consistencia, de modo que lo que antes demoraba siglos en decantarse, ahora muchas veces solo necesita décadas. Lo que era selectivo, se ha ido masificando más y más. Por eso, los monumentos pueden perder su carácter como nunca antes. Además, la propia sociedad, sin una priorización de lo estético –o con una estética muy singular– va fijando inesperados referentes.

Roberto Reyes Tarazona
Director